

La luz de la Reina

Lumen

Reinado   
de María

Reginae

N.47-MARZO 2024

«He aquí la  
Esclava... Hágase»  
EN LA ESCUELA  
DEL INMACULADO CORAZÓN

«Ave, María»  
VICTORIAS  
DE MARÍA

San Juan XXIII  
TESTIGOS DE  
LA INMACULADA

“El Eterno se enamoró de vuestra incomparable  
hermosura con tanta fuerza que le hizo escoger esas  
virginales entrañas para hacerse Hijo vuestro”.

(San Alfonso M<sup>a</sup> de Liguorio)



# Lumen Reginae

Revista oficial del  
Reinado de María.  
Número 47  
Marzo 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

*Ad Iesum per Mariam.*

P. Rodrigo Molina, inspirador  
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 [reinadodemaria.org/](http://reinadodemaria.org/)

 [facebook.com/Reinado-de-Maria](https://facebook.com/Reinado-de-Maria)

 [instagram.com/reinadodemaria](https://instagram.com/reinadodemaria)

 [youtube.com/c/ReinadodeMaria](https://youtube.com/c/ReinadodeMaria)

# SUMARIO

**04**

EN LA ESCUELA DEL  
INMACULADO CORAZÓN

«He aquí la Esclava... Hágase»



**07**

ALMA MARIANA

«... Porque ha mirado la humildad de su esclava»



**08**

VICTORIAS DE MARÍA

«Ave, María»



**10**

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Juan XXIII



**12**

MI INMACULADO  
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Segundo mandamiento



**14**

TOTUS TUUS  
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Debemos dar la primacía a la vida interior



**16**

REINADO DE CRISTO

«El Hijo del hombre tiene que ser elevado para que todo el que crea en Él tenga vida eterna»



**18**

AL ENCUENTRO  
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en la Pasión



NO DESUNAMOS

# Cruz y Felicidad

«Completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24).

Santa María, Reina del Cielo y Señora del mundo, estuvo intrépida y fiel junto a la Cruz de su Hijo sufriendo dolor mortal para cooperar, haciéndose una con su Hijo moribundo por el amor, a nuestra redención.

Santa María, para hacernos renacer para Dios, padeció con Jesús los inmensos dolores de su pasión, estando de pie junto a la Cruz.

El núcleo de la fe cristiana, el centro del Evangelio es la Muerte y la Resurrección de Cristo; su Pasión y su Gloria. Esto es: el Misterio Pascual.

Pasión y Resurrección son inseparables. Viernes Santo y Domingo de Resurrección son las dos caras de una sola y única realidad: Jesús.

Jesús es solo estas dos cosas al tiempo: muerte y resurrección. No son sucesivas: primero la muerte y a continuación la resurrección. Son simultáneas. En el ahora, la muerte patente, la resurrección latente. En el después, la resurrección patente, la muerte destruida.

Ser seguidor de Cristo es ser hombre de la Pasión. Presentar a un Cristo crucificado al mundo no es hacerlo “aguafiestas”. Es hacerlo

dando al hombre su verdadera dimensión. En nuestro mundo de hoy, tan alejado de Dios, nuestra vida debe ser una actualización viva en nosotros de la Pasión del Señor. No mitigemos el rigor externo de un estilo de vida austera que nos mantenga parecidos al siervo doliente del Gólgota. No desunamos Cruz y Felicidad. No solo no se contraponen, sino que se autoimplican. La Felicidad es el fruto propio y exclusivo de la Cruz. En la Cruz nace, crece y madura.

La cruz es movimiento de arriba-abajo y de abajo-arriba. Es movimiento de arriba-abajo, porque es expresión del amor inmenso e incomprensible de Dios; y es movimiento de abajo-arriba, porque es expresión del amor reparador que el hombre ofrece a Dios, justamente indignado a causa del pecado.

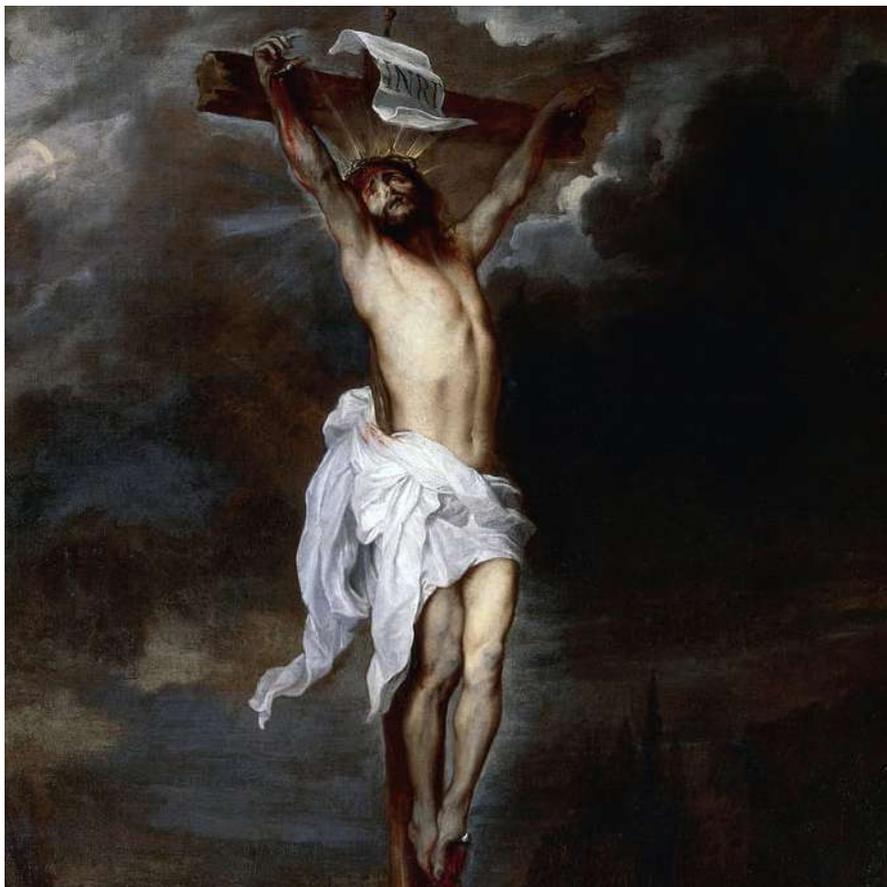
La Pascua cristiana es, al tiempo, las tinieblas y el abandono de la tarde del Viernes Santo y la luz y el gozo de la mañana de la Resurrección. La Resurrección es la revelación del ingente poder vital oculto que se encierra en la Cruz.

¿Qué simboliza la cruz? Que para vivir hay que morir entregando la vida sirviendo. Que la semilla que produce la Resurrección es la decisión de una entrega generosa y total a la extensión del Reino de Cristo.

El sufrimiento y el mal ya no es problema: Tienen la respuesta de Jesús resucitado.

El hogar de Santa María es el hogar para formar auténticos discípulos, que escuchan sus palabras y se esfuerzan por retenerlas y vivirlas; que siguen sus huellas negándose a sí mismos; que están fielmente junto a la Cruz de Cristo con Santa María portando también ellos su propia cruz.

¡Préstanos tus ojos, Madre, y tu Corazón, para aceptar siempre todas las Voluntades de Dios sobre nuestra vida!



# MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«He aquí la Esclava... Hágase» (Lc 1, 26-38)

«A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen, prometida de un hombre descendiente de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Entró donde ella estaba, y le dijo: "Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo"». (Lc 1,26-28)

En la gruta de Nazaret se encuentran cara a cara Dios y el hombre, cancelando toda distancia. De un lado está el ángel, mensajero divino; y del otro, María, una adolescente en torno a los quince años de edad.

Un cara a cara narrado según un esquema repetido en la Sagrada Biblia: la aparición angélica; la reacción de temor de la persona escogida («Ella se turbó... No tengas miedo»); el gran anuncio central con el nombre y el destino del que va a nacer («Concebirás y darás a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús...»); la objeción («¿Cómo será esto...?») y, por último, la señal que certifica la veracidad del anuncio (la concepción de Juan el Bautista por parte de Isabel).

En el centro se halla Él, el hijo. Él es Jesús, un Hombre que lleva un nombre muy común en Israel, pero que posee un significado altísimo, *Salvador*. Él es Grande y Rey eterno —«El Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin»—. Con estos dos títulos Jesús aparece como el heredero de las promesas davídicas: «Haré que tu

nombre sea como el de los grandes de la tierra... yo consolidaré su trono para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo... Tu casa y tu reino subsistirán

por siempre ante mí. Tu trono se afirmará para siempre» (2 Sam 7,9.13.14.16). Jesús es, por consiguiente, el Mesías davídico. El ángel añade aún otros tres títulos



cristológicos: *Hijo del Altísimo, Hijo de Dios, Santo.*

Junto al Hijo, su Madre, *la Virgen.* Es un aspecto decisivo para la concepción de Jesús: el plan divino descarta directamente que Jesús nazca a partir de una semilla humana; Él es hijo de Dios, que obra en María a través de su Espíritu, haciéndola fecunda y provocando su concepción.

María pregunta al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Lc 1, 34), pregunta que hace con un espíritu muy distinto al de Zacarías. Ella ni duda ni pide una explicación para comprender, sino para saber cómo cumplir la voluntad de Dios.

Y recibe la respuesta: Al igual que la nube cubría al pueblo elegido en marcha por el desierto (Núm



10,34; Dt 33,12; Sal 91,4), y se cernía sobre el arca de la alianza (Ex 40,35) como signo del misterio de Dios, y al igual que el Espíritu de Dios aleteaba sobre el caos de la creación (Gn 1,2; Sal 104,30), así ahora la sombra y el Espíritu del Altísimo envolverán y penetrarán este tabernáculo de la nueva alianza que es el seno de María.

Con san Bernardo dirijámonos también nosotros a María implorándole que acoja este anuncio: *«El ángel aguarda tu respuesta, María. Estamos esperando también nosotros, oh Señora, este don tuyo que es don de Dios. En tus manos está el precio de nuestro rescate. ¡Apresúrate a responder, oh Virgen! Pronuncia, oh Señora, la palabra que la tierra y el reino de las sombras, e incluso el cielo, esperan. Da tu palabra y acoge la Palabra; di tu palabra humana y concibe la Palabra de Dios; pronuncia tu palabra que pasa y aprieta contra tu seno la Palabra que es eterna... Abre, pues, oh Virgen bienaventurada, tu corazón a la fe, tus labios a la palabra, tu seno al Creador. Mira, Aquel que es el Deseado de todas las gentes está fuera y llama a tu puerta... ¡Álzate aprisa, abre! Ponte en pie con tu fe, corre movida por tu afecto, abre con tu consenso».*

Analicemos las palabras:

El ángel, «entrando donde estaba Ella», dice: *«Alégrate* la llena de gracia, el Señor contigo». La alegría que los profetas del Antiguo Testamento le deseaban al pueblo de Israel —a la Mujer Sion— va a concentrarse en una mujer individual, María, que reúne en su persona los deseos y las esperanzas de todo el pueblo de Israel y acoge la promesa mesiánica.

¿Por qué se tiene que alegrar la Virgencita? Porque Dios está en

el interior de Santa María. En Ella se cumple el dicho del profeta Sofonías: *«¡Lanza gritos de júbilo, Hija de Sión...regocíjate, triunfa de todo tu corazón; Hija de Jerusalén!... Yahvé reina dentro de ti; tú ya no tienes que temer mal alguno»* (So 3, 14-15).

Santa María es la ciudad nueva de la presencia de Dios entre los hombres: *«Y se llamará ciudad de fidelidad, monte de santidad...»* (Zc 8, 3).

El mensajero divino no la llama con el nombre terreno, María, sino con su nombre divino, así como Dios la vio siempre y la califica: «llena de gracia», «gratia plena», que en el original griego es «kejaritoméne», la perfecta en santidad, «la amada». Dios, mediante el Espíritu Santo, infunde el amor en el corazón la criatura, y el amor empuja a la criatura a hacer lo que Dios quiere. Dios no impone su voluntad, sino que da el amor. Esto explica la «rendición» de María; Ella se siente amada por Dios y es este amor el que la empuja a darse a Él con todo su ser. Se pone de manifiesto en María la iniciativa divina, brilla en ella la gracia, se hace palpable el amor de Dios. El «ser amada», al recibir el don de Dios, María es plenamente activa, porque acoge con personal disponibilidad la ola del amor de Dios que se derrama sobre Ella.

Y María cree. María cree antes de cualquier corroboración por parte de los acontecimientos y de la historia. Creyó a Dios en total soledad. María creyó en ese mismo instante; no dudó ni demoró su decisión. Al contrario, creyó que concebiría un hijo por obra del Espíritu Santo y en seguida entregó toda su persona.

La respuesta a este don supremo de Dios es formulada por María con la autodefinition final que Ella proclama: *«he aquí la esclava del*



*Señor, hágase en Mí» (Lc 1, 38). Y al instante descendió el Verbo sobre Ella, entró en Ella y en Ella hizo morada. Lo concibió sin detrimento de su virginidad, y en su seno se hizo niño.*

La palabra con que María expresa su consentimiento y que se traduce por «hágase», o «*fiat*», en el original griego «*génoito*» no expresa una simple aceptación resignada, sino un vivo deseo. Una prontitud vibrante de amor que implica todas sus capacidades y energías humanas. Es un voto que lo abraza todo dentro del cual se produce el milagro de la maternidad. Como si dijera: «También yo deseo con todo mi ser lo que Dios desea; cúmplase pronto aquello que Él quiere». Indica fe y obediencia a la vez; reconoce que lo que dice Dios es verdad y se somete a ello

Todo el acontecimiento de la salvación tiene su punto de partida, su comienzo en el SI de María. Con estas breves y sencillas palabras se consumó el mayor y más decisivo acto de fe en la historia del mundo, que obró la encarnación del Verbo. Estas palabras expresan de la forma más elevada, la disponibilidad pasiva unida a la prontitud activa; el vacío más profundo que acompaña a la más grande plenitud.

En esto se basa San Agustín cuando escribe: «La Virgen María concibió creyendo a quien alumbró creyendo... Después que el ángel hubo hablado, Ella, llena de fe y, habiendo concebido a Cristo antes en su corazón que en su seno, dijo:

*He aquí la Sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra». A la plenitud de gracia de parte de Dios, corresponde la plenitud de la fe de parte de María.*

María, el día que recibió el anuncio del Ángel, estaba recogida y al mismo tiempo abierta a la escucha de Dios. En ella no había obstáculo alguno, ninguna pantalla, nada que la separara de Dios. Este es el significado de su ser sin pecado original: su relación con Dios está libre de la más mínima imperfección, no hay sombra de egoísmo, sino una sintonía perfecta: su pequeño corazón humano está perfectamente «centrado» en el gran corazón de Dios.

Santa María aceptó, respondió desde el principio, se fue preparando desde pequeñita hasta el verdadero toque de Dios. Así nosotros, siempre fieles a nuestras obligaciones de estado, al plan de vida, a los propósitos hechos, a las inspiraciones del Espíritu Santo.... Como el árbol se prepara para el fruto en el tiempo, siendo constante... ¡Aguarda! ¡Espera!, el momento de Dios llegará sin retraso. ¡Persevera! Día tras día, noche tras noche, con lluvia, con sequedad, con tribulación... «*En ti, Señor, confíe no me verá defraudado para siempre*».

**Que en este tiempo de Cuaresma, María nos enseñe a escuchar la voz de Dios que habla en el silencio para recibir su Gracia, que nos libera del pecado y del egoísmo, para gozar así la verdadera alegría. ¡María, llena de gracia, ruega por nosotros!**



«... PORQUE HA MIRADO LA  
*Humildad*  
 DE SU ESCLAVA»

**M**aría, nuestra Madre, fue siempre una mujer humilde, siempre dispuesta a servir a los otros, como a su prima Isabel, cuando ya sabía que Ella sería la Madre de Dios. María nunca buscó destacar ni ser ensalzada. Nunca se lee en el Evangelio que se presentase en público cuando Jesús era recibido en triunfo —como cuando entró en Jerusalén con tantos honores entre palmas y vítores—. Pero, sin embargo, sí lo acompañó en los momentos más difíciles y no le importó estar presente en el Calvario a la vista de todos, dándose a conocer como la madre de un condenado que moría como un criminal.

Esta humildad, que la hizo pequeña en las grandezas humanas y disponible para todos, cautivó al P. Molina. De Ella escribía:

*«María aparece siempre junto a Jesús prestando ayuda adecuada. Esa es la mujer ideal, ese es el diseño de mujer perfecta que salió de las manos de Dios.*

*Para vivir la humildad de María tienes que dejar muchas cosas. Si así lo haces, serás horizonte sin límites para la hazaña de Dios en ti.*

*Dios quiere hacer en ti grandes cosas, no lo minimices, aspira a grandes obras de apostolado.*

*Y en la medida que aspire, abájate como María: “Porque ha mirado la bajura de su esclava”. Serás horizonte sin límites. Dios en ti no tendrá limitación, como no la tuvo en María. Por eso es grande porque Dios en Ella no tuvo horizontes.*

*Dios se encontró a gusto con María. Por eso podía actuar. Dios quiere actuar hoy, como hizo con María, pero no encuentra almas humildes.*

*Si vives la humildad, Dios se dilatará sin límites en el mundo de hoy.*

*Si vives la humildad de María, quedarás pleno del sentido de Dios. Ya no habrá un futuro prometedor, será un presente. ¡Qué hermoso es vivir a Dios! La felicidad ya no es futura, es presente, es hoy.*

*Si vives la humildad de María, todas las ofertas de Dios son ya realidad actual, son ya presencia. Y, como María, podrás hacer un bien enorme a la humanidad».*



# Ave, María

## UN EJEMPLO DE LA MISERICORDIA DE MARÍA

¡Cuántas veces, a lo largo de la historia de la Iglesia, los misioneros han sido testigos de las misericordias de la Reina y Madre de misericordia!

Un ejemplo, entre muchos, es el que te ofrecemos, rescatado del olvido por don Joaquín María Goiburu en su libro *Animación misionera*. Fue publicado hace muchos años en los *Anales de la Propagación de la Fe*.

«A principios del siglo XX, que fue llamado «Siglo de las Misiones», el Padre Trilles, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en Gabón (África), caminaba acompañado de unos catequistas, llevando por guía solamente una brújula. Se dirigían a Abal, un poblado donde la fe había prendido,

pero, al llegar a un cruce de senderos, se quedaron desorientados, sin saber qué camino elegir. Una medalla de la Virgen, que se les cayó al suelo, fue rodando hacia la izquierda y decidieron seguir aquel camino.

Por aquel camino, andando, andando, llegaron a Ufanga, o sea, a un poblado

en dirección completamente opuesta a Abal. Era ya tarde para volverse atrás; buscaron hospedaje y pernoctaron en la choza de una anciana llamada Ethu que vivía con sus nietecillos.

Después de cenar unas bananas cocidas, rezaron el Santo Rosario, mientras la anciana Ethu, acurrucada junto al fuego, escuchaba; al final, preguntó al misionero:

—Tú has dicho «Ave, María», ¿verdad?

—Sí, abuela; pero ¿eres cristiana? ¿Sabes rezar?

Ethu no entendió la pregunta, pero sacó del cuello una

medalla y, comparándola con la que el misionero tenía en el Rosario, rompió a sollozar fuertemente, exclamando: «¡Ay, hijo mío, pobre hijo mío!».

Cuando pudo calmarse, explicó:

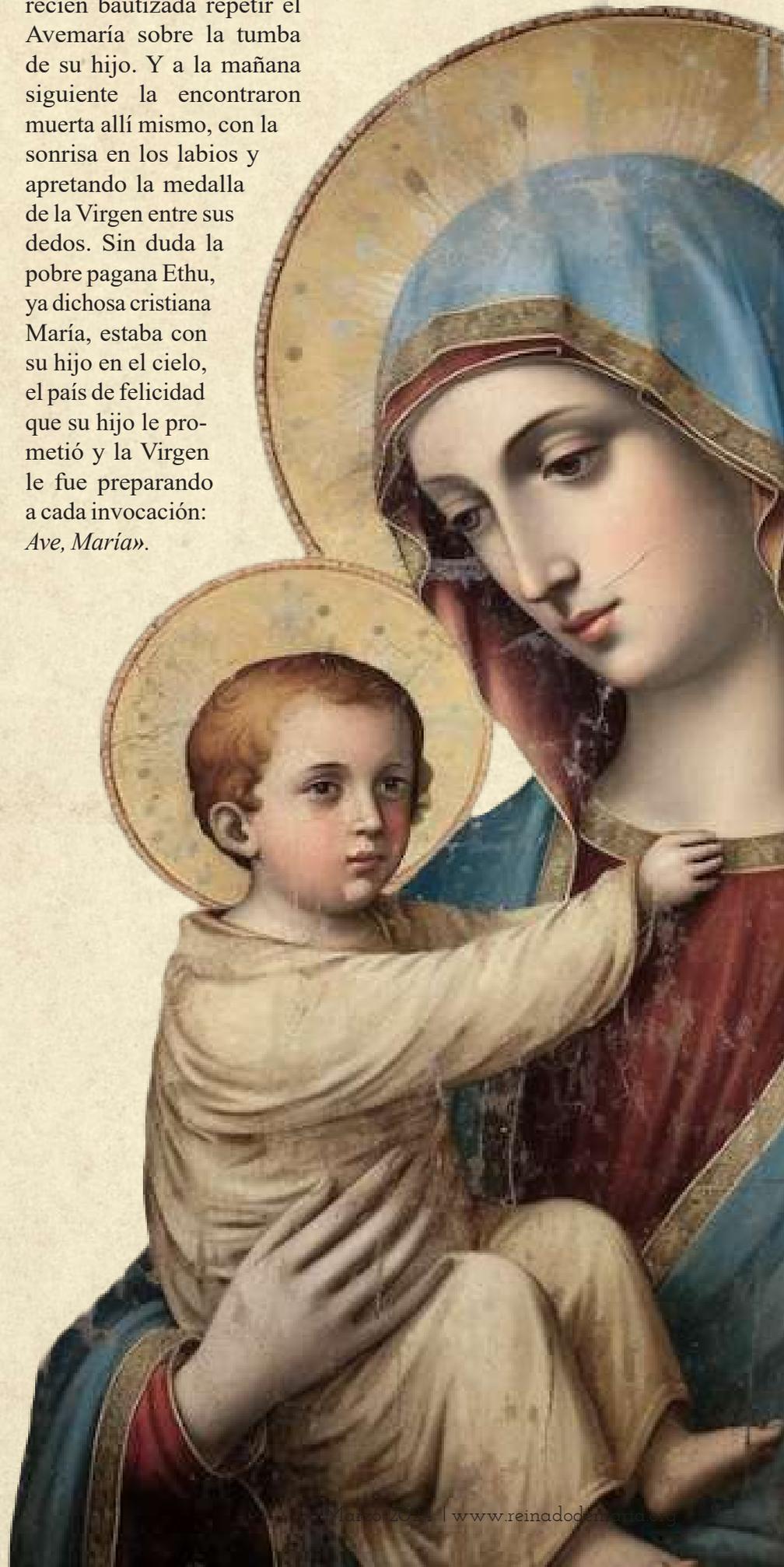
—Escucha. Hace veinte años estaba yo aquí mismo, y estaba conmigo mi hijo único, que había vuelto de un país lejano muy enfermo. Antes de morir me dijo: «Madre, yo me voy a un país que tú no conoces, pero quiero que vengas también tú conmigo un día y seremos felices los dos. No tengo tiempo para enseñarte lo que tienes que hacer para venir adonde yo voy, según lo he aprendido en el país de los blancos; pero toma esta medalla que llevo al cuello, y di todos los días: “*Ave, María*”». Y después se echó hacia atrás y murió.

La anciana sollozó otro rato y continuó:

—Mira, está enterrado allí, detrás de aquella cabaña. Yo beso esta medalla todos los días y digo «*Ave, María*»..., pero ¿quién es esta *María*?

El misionero comenzó a hablarle de la Virgen *María* y de los misterios de nuestra fe; así estuvieron durante varias horas. A la mañana siguiente, el misionero celebró la Misa y la anciana se sumó a los catequistas para rezar el Santo Rosario. Al atardecer recibió el bautismo y el misionero le puso el nombre de *María*.

Hasta muy entrada la noche los catequistas oyeron a la recién bautizada repetir el *Ave María* sobre la tumba de su hijo. Y a la mañana siguiente la encontraron muerta allí mismo, con la sonrisa en los labios y apretando la medalla de la Virgen entre sus dedos. Sin duda la pobre pagana *Ethu*, ya dichosa cristiana *María*, estaba con su hijo en el cielo, el país de felicidad que su hijo le prometió y la Virgen le fue preparando a cada invocación: *Ave, María*».



# *San Juan XXIII*



“EN LA VIDA DEL CRISTIANO, TODO ESTÁ ILUMINADO POR ESTA  
NOTA QUE LLEGA AL CORAZÓN: MARÍA, NUESTRA MADRE”.

(SAN JUAN XXIII)

**E**n la memoria de muchos, el papa Juan XXIII ha quedado como “el papa bueno” o como “el papa más amado de la historia”. Pablo VI, sucesor de Juan XXIII en el pontificado, inició su proceso de canonización en 1965, luego de la clausura del Concilio Vaticano II. Destacó por su gran amor a la Santísima Virgen María.

**Angelo Giuseppe Roncalli** nació el 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte, diócesis de Bérgamo, el cuarto de trece hermanos. Ese mismo día fue bautizado.

En 1892 ingresó en el Seminario de Bérgamo y de 1901 a 1905 fue alumno del Pontificio Seminario Romano, gracias a una beca de la diócesis de Bérgamo para seminaristas aventajados.

En este tiempo, hizo también un año de servicio militar. Fue ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1904 en la Iglesia de Santa María in Monte Santo, en la Piazza del Popolo de Roma.

Cuando en 1915 Italia entró en la guerra, fue movilizado como sargento de sanidad. En 1919 fue nombrado director espiritual del Seminario.

Ordenado Obispo el 19 de marzo de 1925 en Roma, escogió como lema episcopal: «Obediencia y paz».

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, puso a salvo a muchos judíos sirviéndose del «visado de tránsito» de la Delegación Apostólica.

El 12 de enero de 1953 fue creado Cardenal y el 25 promovido al Patriarcado de Venecia. Estaba contento de poder dedicarse los últimos años de su vida al ministerio directo de la cura de almas, deseo

que siempre le acompañó desde que se ordenó sacerdote.

Tras la muerte de Pío XII, fue elegido Papa el 28 de octubre de 1958, y tomó el nombre de Juan XXIII. En sus cinco años como Papa, el mundo entero pudo ver en él una imagen auténtica del Buen Pastor. Humilde y atento, decidido y valiente, sencillo y activo, practicó las obras de misericordia corporales y espirituales, visitando a los encarcelados y a los enfermos, acogiendo a personas de cualquier nación y credo, comportándose con todos con un admirable sentido de paternidad.

Convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II. Como Obispo de la diócesis de Roma, visitó parroquias e iglesias del centro histórico y de la periferia. El pueblo lo llamaba «el Papa de la bondad». Murió la tarde del 3 de junio de 1963, al día siguiente de Pentecostés, en profundo espíritu de abandono a Jesús.

Juan XXIII fue declarado beato por el Papa Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000 en la Plaza de San Pedro. El Papa Francisco lo canonizó el 27 de abril de 2014.

El papa Juan XXIII fue desde niño un ferviente devoto de la Virgen María.

Siendo seminarista mayor, escribía el 24 de marzo de 1903:

*«Mañana, gran fiesta de la Anunciación. Todas las campanas de la tierra volverán a cantar el primer Ave María del mundo. Los ángeles lo repetirán entre armonías. Los hombres lo dirán con amor.»*

*¡María! ¡María!, entre el concierto de tantas alabanzas a tu nombre tan bueno, tan dulce y tan santo, escucha complacida mi voz: ¡Ave María!»*

El 1 de mayo de ese mismo año:

*«Los creyentes inauguran el mes de mayo (...) También yo acudo a tus pies con amor, como un niño, para ofrecerte mi vida y mis actos y para pedirte la gracia de amar cada día más ardientemente a Jesús.»*

*Unas palabras más para guardar tu nombre en mi corazón, para ofrecerte flores, alabanzas y mis buenas acciones para agradarte y pedirte tu ayuda. Lo que más te va a gustar en este mes será que yo haga esfuerzos continuados, aunque sin tensiones, por cumplir con mi deber de manera perfecta, serena y alegre, sin enfadarme y sin desgana.»*

*¡María!, tú que me has engendrado, haz que mi alma, mis pensamientos y mis actos se parezcan a los tuyos».*

El joven Roncalli era un alma totalmente consagrada a María. Desde el momento en que lo ordenaron obispo, tomó la costumbre de rezar el Santo Rosario en la capilla, después de la cena, con el personal de su casa. Publicó la encíclica sobre el Santo Rosario el 29 de septiembre de 1961, escrita con un corazón amante de María.

En María encontraba su consuelo y su descanso. Escribía: *«La sonrisa de María, Madre de Jesús y Madre nuestra, serena los rostros entristecidos y eleva a visiones de bondad, de misericordia y confianza los ánimos oprimidos, desconfiados y cansados. María es fuente riquísima de consuelo, de alegría y de estímulo para todos los hijos de Eva que, gracias a la acción redentora de Cristo y por voluntad suya, se han convertido en hijos suyos».*

Pidamos a este santo tan mariano que nos inunde de su amor a la Virgen Santísima.

«**N**o tomarás el nombre de Yavé, tu Dios, en falso, porque Yavé no dejará impune al que tome en falso su nombre» (Dt 5, 11).

Este es el segundo mandamiento de la ley de Dios que, como nos recuerda el mensaje de Nuestra Señora en Fátima, todos estamos llamados a cumplir. Precisamente el quebrantamiento de esta santa ley es lo que lleva al hombre a apartarse de Dios y buscar su propia ruina.

Este mandamiento nos obliga a vivir en la verdad con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos. A Dios le repugna la mentira, porque Dios es la verdad. La mentira es propia del demonio, a quien el mismo Jesús llama en el evangelio: Padre de la mentira.

En el Evangelio Jesús dice de Sí mismo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por Mí» (Jn 14, 6). Si, como dice Jesús, no podemos ir al Padre sino por Él y Él es la verdad, esto demuestra que no podemos ir a Dios sino por el camino de la verdad.

Por lo tanto, en este mandamiento se nos prohíbe jurar sin verdad, sin justicia y sin necesidad.

### ¿Qué es jurar sin verdad?

Es jurar contra lo que uno siente o con mentira.

A Dios no le podemos engañar porque Él penetra y ve todo nuestro interior tal cual es. Dios tiene siempre delante de sí nuestras obras, nuestras intenciones, nuestros deseos.

Del mismo modo no podemos engañar al prójimo y, menos aún, invocar el nombre de Dios como testimonio de nuestras afirmaciones falsas, engañosas y astutas. Convendría recordar aquí el ejemplo de los tres Pastorcitos cuando, a fin de hacerles negar que habían visto a la Virgen, llegaron a amenazarlos con meterlos en aceite hirviendo. Sin embargo, no valieron promesas ni amenazas para que los niños dijeran una mentira. Y Lucía, a quién su madre pegaba con frecuencia pensando que mentía, solía contestar: «¿Cómo quiere que diga que no vi nada, si yo vi?».



LLAMADA A VIVIR  
EL SEGUNDO  
MANDAMIENTO:

*No invocar el  
Nombre de Dios en  
apoyo de la mentira*

Estos pequeños niños estaban dispuestos a dejarse quemar vivos por sostener la verdad. Y nosotros, cuántas veces por cosas sin importancia, mentimos con tanta facilidad.

### ¿Qué es jurar sin justicia?

Es jurar una cosa injusta y mala, como de hacer algún mal al prójimo.

Dios toma como hecho a Sí mismo todo el mal y todo el bien que se hace al prójimo. Así nos lo enseña Jesucristo en el Evangelio: «*En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis*» (Mt 25, 40). Quiere decir que si Dios recompensará el bien que hagamos a nuestros hermanos, también castigará el mal que le hubiéremos causado, aunque solo fuera con el deseo formulado con juramento.

### ¿Qué es jurar sin necesidad?

Es jurar sin causa grave o por una cosa de poca importancia.

Jesús mismo nos enseña en el Evangelio lo siguiente: «*Habéis oído también que se dijo a los antepasados: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo digo que no juréis en modo alguno: ni por el Cielo, porque es el trono de Dios, ni por la Tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey... Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”; “no, no”: que*



*lo que pasa de aquí viene del Maligno*». (Mt 5, 33)

Cuántas veces juramos como por mala costumbre tomando el santo Nombre de Dios para dar más testimonio a cualquier cosa que decimos. O tenemos como muletilla lanzar juramentos sin ton ni son. Mientras más sencillos y veraces seamos, menos necesidad tendremos de atestiguar con promesas o juramentos las cosas que afirmamos.

También sucede que muchas veces nos mentimos a nosotros mismos, engañándonos. Llevados por la ceguera de la pasión que nos arrastra, nos prometemos la felicidad donde no está y creyendo que es bueno lo que es malo, siguiendo el atractivo de nuestras malas inclinaciones, sin pensar en las graves

consecuencias que de ahí nos vienen. Por eso Jesucristo, hablando a los judíos, dijo: «*Todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado. [...] Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira*» (Jn 8, 34).

La tentación es siempre seductora, es siempre mentira: nos promete lo que no tiene para dar. La verdadera felicidad se encuentra solo en Dios que nos hace libres, como dijo Jesús: «*Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8, 31).

Esa Palabra divina vino a recordárnosla Nuestra Señora en Fátima cuando por medio de los Pastorcitos nos invitó a: «*No ofender más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido*». Y, como hemos visto, la mentira es uno de los pecados que más le ofenden.

“EL CORAZÓN LLENO DE AMOR AMA  
LOS MANDAMIENTOS. Y, CUANTO MÁS  
DIFÍCILES SON, LOS ENCUENTRA MÁS  
DULCES Y AGRADABLES”.

(SAN FRANCISCO DE SALES)

# Apóstoles de Santa María (III)

DEBEMOS DAR LA PRIMACÍA  
A LA VIDA INTERIOR

**E**l joven Jacob, como vimos en el número anterior, tenía una serie de cualidades que describe San Luis María de Montfort: suavidad, hombre del hogar, cariñoso, cercano a su madre, obediente a ella, de gran confianza en ella y en su ayuda, seguidor de sus consejos, imitador de sus virtudes.

El patriarca Jacob es así modelo para nuestro apostolado. Es necesario el apostolado externo, según las posibilidades de cada uno. Pero, según este santo, debemos dar la primacía a la **vida interior**, alma de todo apostolado: amar el retiro, la oración. Llenarnos del conocimiento y amor de Dios y de María para poder irradiarlos. En la vida interior acompañamos a nuestra Madre en su trato con Dios y Ella nos asemeja más, y en menos tiempo, a Jesucristo.

Ciertamente, de vez en cuando aparecen en público, pero por obediencia a la voluntad de Dios y a la de su querida Madre y a fin de cumplir con los deberes de su estado. Y aunque en el exterior realicen aparentemente cosas grandes, estiman mucho más las que adelantan en el interior de sí mismos en compañía de la Santísima Virgen. En efecto, allí van realizando la obra

importantísima de su perfección, en comparación de la cual las demás obras no son sino juego de niños. (VD 196)

Otro punto es que así amamos y honramos más a la Virgen. No solo con los labios sino de todo corazón, de verdad, con obras. Evitaremos lo que pueda desagradarle y nuestro único agrado será darle gusto.

Entregaremos a nuestra Madre, los dos 'cabritos', como Jacob a Rebeca, que representan nuestro cuerpo y alma, con todo cuanto de ellos depende: el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus pasiones. Es necesaria la purificación activa de ellos, para la adquisición de las virtudes.

María Santísima no nos va a hacer daño, sino con amor maternal y sobrenatural, mortificará, despojará, apartará de nosotros lo que nos aparte de Jesús. Y nos adornará a gusto de Dios Padre, con el vestido de gracias y virtudes de Jesús, el Hijo mayor.

Como **imitadores de Jesús**, que pasó la mayor parte de su vida en sumisión a José y María, y solo tres años al apostolado directo, así nosotros, demos mucha más importancia a la unión e imitación de María, sumisos a la voluntad de Dios. Así nuestro

apostolado directo será fecundo, lleno de bendiciones y obras buenas.

Otro punto es la **confianza en María en el apostolado**. Pedirle su socorro, que nos inspire lo que es más adecuado y prudente. Manifestarle nuestras penas y preocupaciones con filial confianza, esconderse en su Corazón inmaculado.

Cuando no es posible convencer a las personas, **sembrar a María** con una estampa, una medalla milagrosa... Rezarle y dejar que Ella obre en el momento oportuno.

Tratar a las almas con la dulzura y rectitud de nuestra Madre. Imitarla en nuestro apostolado. *'Dichosos los que siguen mis caminos'*, nos diría Ella. Ella, presente en nosotros, atraerá gracias para nuestros hermanos, para llevarlos hasta Jesús.

A cambio de este servicio (confianza, obediencia, imitación, amor...), la Madre bendita no se deja vencer en generosidad. Ella nos amará, nos desprenderá del mundo, de nuestro egoísmo e inclinaciones torcidas, de la voluntad propia... Espiará el momento de hacernos bien, se encargará de nuestros asuntos mejor que nosotros mismos, para el gusto de Dios y recibir así su beneplácito. Solo Ella lo puede hacer sin herir ni equivocarse.

María ama, aconseja, reviste, alimenta, conduce, protege (VD 201-211) a sus verdaderos hijos, e intercede por ellos hasta llevarlos a la plenitud de la edad de Cristo.

### **Confianza total en María en el apostolado**

Somos hijos y por ello tendremos confianza en nuestra Madre, Mediadora y Reina.

— Como Madre espiritual nuestra. No solo es la más perfecta de todas las madres, sino que es su Madre sobrenatural. Su maternidad consiste precisamente en hacemos vivir con la vida de Cristo.

— Como Distribuidora de todas las gracias. El apostolado consiste en hacer vivir a los hombres con la vida de la gracia. Mas por María nos vienen todas las gracias, en particular la gracia que nos hace pasar del pecado a la vida sobrenatural y las gracias que afianzan en nosotros esta vida.

— Como Reina del universo. Su realeza implica una inmensa misión de conquista, la conquista de todas las almas rescatadas por Cristo y por María a fin de hacerlas entrar en su reino. Esta conquista es por tanto una obra apostólica.

Todas las armas apostólicas — sobre todo dos: la oración y la acción— son impotentes sin la

confianza sobrenatural. Por el contrario, acompañadas por una gran confianza, son infalibles. Nuestra unión con María les dará esta confianza.

Confianza en la oración: Jamás se ha oído decir que haya invocado a la Santísima Virgen sin recibir su asistencia.

El mayor motivo de confianza es que están en juego, no nuestros intereses personales sino los de María. Nuestro apostolado no es sino una participación del apostolado de la Virgen.

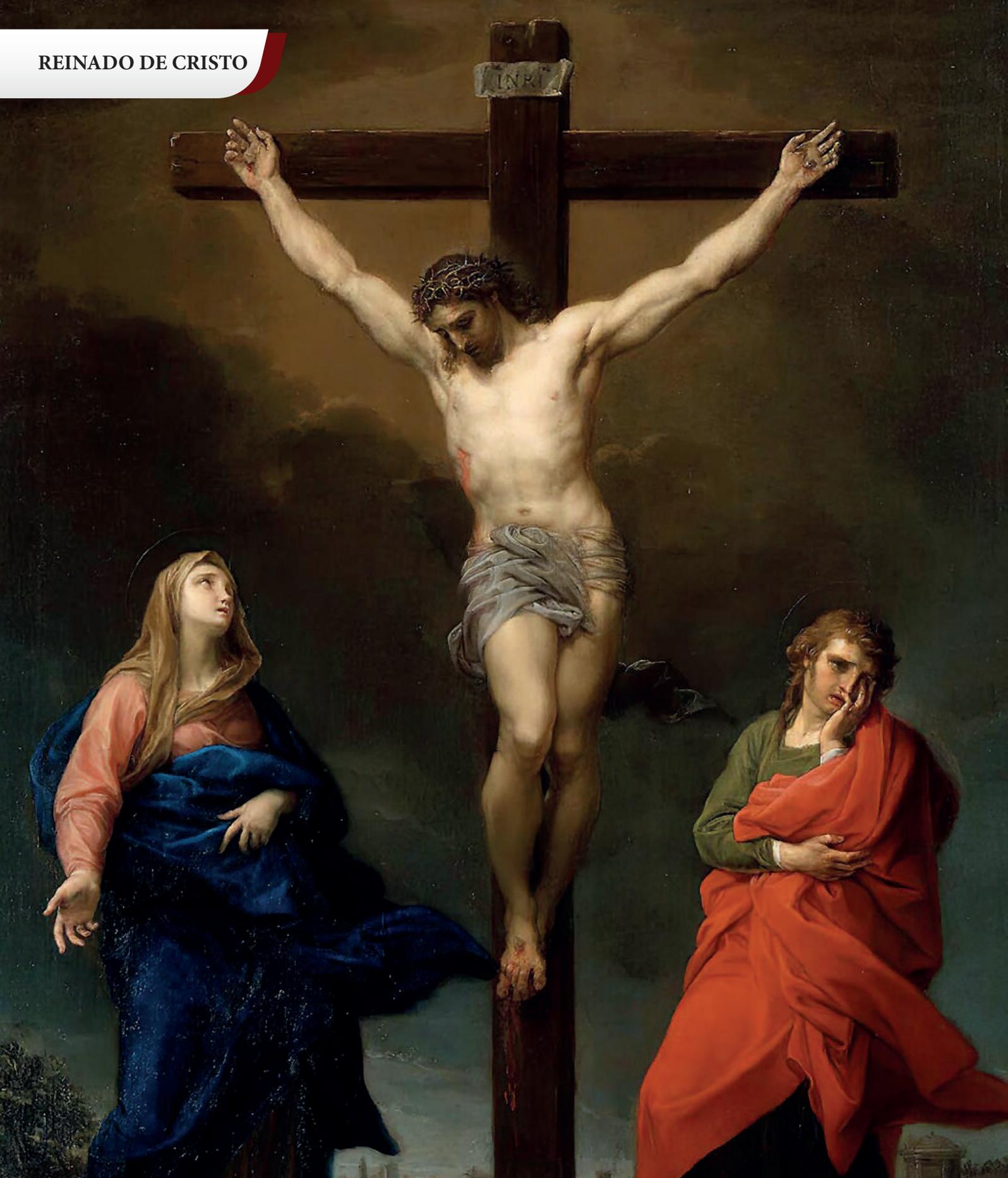
El alcance de nuestra predicación no llegará a todos los hombres. No sabemos su número, mas sí sabemos que, si somos fieles a rezar, a sufrir, a trabajar por éstos, cuanto María nos lo pide, podemos alcanzar para todos ellos facilidades especiales para salvarse.

Si nos dirigimos a Ella con verdadera confianza, aunque haya almas que no quieran aprovecharse de las oraciones, nuestros ruegos no quedarán estériles. La Virgen dará las gracias a otros, que ella sabe más conveniente. Roguemos siempre con una confianza infalible a nuestra Madre del cielo.

Confianza en la acción: Esta misión es de María y nosotros debemos prestarle nuestro concurso.

“GUARDA SIEMPRE TU INTERIOR EN SILENCIO, HABLANDO POCO CON LAS CRIATURAS Y MUCHO CON DIOS, PADECIENDO Y TRABAJANDO POR SU AMOR”.

(STA. MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE)



«EL HIJO DEL HOMBRE TIENE QUE SER ELEVADO PARA QUE TODO EL QUE CREA EN ÉL TENGA VIDA ETERNA»

(JN 3, 14)

**S**er elevado en San Juan es sinónimo de crucificar. Aquí alude y predice la futura crucifixión del Señor como instrumento de redención, Su exaltación y glorificación por medio de Su resurrección y ascensión. La obra de la salvación de Cristo está vinculada a la hora por la que Jesús suspira (17, 1-2) y la vida eterna está vinculada a esa hora de la glorificación de Jesús, en la que es necesario creer para alcanzar la vida eterna.

El Misterio pascual de Cristo nos ha abierto la vida eterna, y la fe es el camino para alcanzarla. Lo vemos en las palabras que Jesús dirige a Nicodemo, y que recoge el evangelista San Juan: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por Él vida eterna» (Jn 3, 14-15). Aquí se hace referencia explícita al episodio narrado en el libro de los *Números* (21, 1-9), que pone de relieve la fuerza salvífica de la fe en la Palabra divina. Durante el éxodo, el pueblo israelita se había rebelado contra Moisés y contra Dios, y fue castigado con la plaga de las serpientes venenosas. Moisés pidió perdón, y Dios, aceptando el arrepentimiento de los israelitas, le ordena: «Hazte una serpiente y ponla sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá». Y así sucedió.

Jesús, en la conversación con Nicodemo, desvela el sentido más profundo de ese acontecimiento de salvación, relacionándolo con su propia muerte y resurrección: el Hijo del hombre tiene que ser levantado en el madero de la cruz para que todo el que crea tenga por él vida. San Juan ve precisamente en el misterio de la cruz el momento en el que se revela la gloria regia de Jesús, la gloria de un amor que se entrega totalmente en la pasión y muerte. Así la cruz, paradójicamente, de signo de condena, de muerte, de fracaso, se convierte en signo de redención, de vida, de victoria, en el cual, con mirada de fe, se pueden vislumbrar los frutos de la salvación.

Jesús desde la cruz, será la nueva serpiente, no como aquella del Génesis que en el Paraíso terrenal sedujo a nuestros primeros padres, y siguió seduciendo al pueblo elegido a lo largo de su historia. Jesús levantado en alto en el madero de la cruz, nos libra de la antigua serpiente por cuya envidia, la muerte se introdujo en el mundo. Jesús se hizo muerte para librarnos de la muerte. Por eso su elevación sobre la cruz es ya el preludio de la victoria, es la esencia del Misterio Pascual: proceso de muerte y de glorificación. Del seno del sepulcro brota la vida, vida que de la tierra se eleva, asciende, hasta el cielo.

Debemos elevar los ojos hacia Cristo, levantado en la cruz, con la misma confianza con que los judíos del desierto miraron la serpiente de bronce y así no pereceremos. Miremos a Cristo y creamos firmemente en Él. Nuestra mirada a Cristo en la cruz habrá de ser, una mirada de fe, una mirada de confianza. Porque sabemos que Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar a los hombres, sino para que se salven por Él. Por eso, acerquémonos a Cristo, nuestra luz, nuestra serpiente, como lo llama San Ambrosio, con toda confianza, con toda humildad, mirémosle y creamos.

Las serpientes y el veneno que atacan en todas las épocas al pueblo de Dios, peregrino hacia la tierra prometida, el cielo, son el egoísmo, la sensualidad, la confusión y errores en la doctrina, pereza, envidia, murmuraciones, calumnias... La gracia recibida en el bautismo, llamada a su pleno desarrollo, se ve amenazada por los mismos

enemigos de siempre. En todas las épocas se dejan notar las heridas del pecado original y de los pecados personales.

Cristo en la cruz es la salvación del género humano, el remedio de nuestros males. Fue voluntariamente al calvario para que todo el que crea tenga vida eterna, para atraer todo hacia Él. Creer es la única condición limitativa. Hay que creer en Cristo y su palabra. La fe en Juan al igual que en San Pablo, ni es pura confianza ni es pura luz intelectual; es también amor y entrega a la voluntad a Cristo.

Los cristianos debemos buscar el remedio y antídotos, en el único lugar donde se encuentra: en el confesionario. No podemos dejar de mirar a Cristo si de verdad deseamos llegar a la tierra prometida. No podemos apartar la vista del Señor viendo los estragos que hace el enemigo en el mundo. Debemos buscar la fortaleza en el trato de amistad con Jesús, a través de la oración, la presencia de Dios a lo largo del día. Él debe ser el centro de nuestra vida porque no nos abandona.

En este caminar no vamos solos, nos acompaña María y con Ella debemos procurar que muchos más miren a Jesús, lo contemplen en los misterios del Rosario, en el Vía Crucis y en el sagrario donde permanece silencioso y oculto esperándonos. Solo Cristo es capaz de quitar a los hombres del poder de satanás. Cristo peleaba desde lo alto con una fortaleza tal, que el diablo tiene que ser forzosamente vencido y su cabeza aplastada por el poder de Santa María.



## La gloria de la Trinidad en la Pasión

La suprema manifestación de la Trinidad se actúa en las tinieblas de las últimas horas de la existencia terrena de Jesús. De la mano de San Juan Pablo II, y meditando en su catequesis del 3 de mayo 2000, contemplamos y adoramos a Dios Uno y Trino en esta Semana Santa.

«Al final del relato de la muerte de Cristo, el Evangelio hace resonar la voz del centurión romano, que anticipa la profesión de fe de la Iglesia: *«Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios»* (Mc 15, 39). El relato evangélico de la pasión y muerte de Cristo registra, aun en el abismo del dolor, la permanencia de su relación íntima con el Padre celestial.

Todo comienza durante la tarde de la última cena en la tranquilidad del Cenáculo, donde, sin embargo, ya se cernía la sombra de la traición. San Juan nos ha conservado los discursos de despedida que subrayan el vínculo profundo entre Jesús y el Padre: «Si me

conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. (...) Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. (...) Lo que yo os digo, no lo digo por cuenta propia. El Padre que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí» (Jn 14, 7. 9-11).

Al decir esto, Jesús citaba las palabras que había pronunciado poco antes, cuando declaró de modo lapidario: «Yo y el Padre somos uno. (...) El Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn 10, 30. 38). Y en la oración que corona los discursos del Cenáculo reafirma: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que

sean uno como nosotros» (Jn 17, 11). Con esta confianza absoluta en el Padre, Jesús se dispone a cumplir su acto supremo de amor (cf. Jn 13, 1).

En la Pasión, el Hijo de Dios vive plenamente su humanidad, penetrando en la oscuridad del sufrimiento y de la muerte que pertenecen a nuestra condición humana. En Getsemaní, durante una oración semejante a una lucha, a una «agonía», Jesús se dirige al Padre con el apelativo arameo de la intimidad filial: «*¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*» (Mc 14, 36).

Poco después, cuando se desencadena contra él la hostilidad de los hombres, recuerda a Pedro que esa hora de las tinieblas forma parte de un designio divino del Padre: «¿Piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe suceder?» (Mt 26, 53-54).

También el diálogo procesal con el sumo sacerdote se transforma en una revelación de la gloria mesiánica y divina que envuelve al Hijo de Dios: «El sumo sacerdote le dijo: “Te conjuro por Dios vivo a que me digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”. Dijo Jesús: “Tú lo has dicho. Y yo os digo que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo”» (Mt 26, 63-64).

Al ser crucificado, sarcásticamente le decían: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: “Soy Hijo de Dios”» (Mt 27, 43). Pero para esa hora se le había reservado el silencio del Padre, a fin de que se solidarizara plenamente con los pecadores y los redimiera (...).

En realidad, en la cruz Jesús sigue manteniendo su diálogo íntimo con el Padre, sin perder jamás la actitud confiada del Hijo que es «uno» con el Padre. En efecto, por un lado está el silencio misterioso del Padre, acompañado por la oscuridad cósmica y subrayado por el grito: «¡Eli, Eli! ¿lemá sabactani? Que quiere decir:

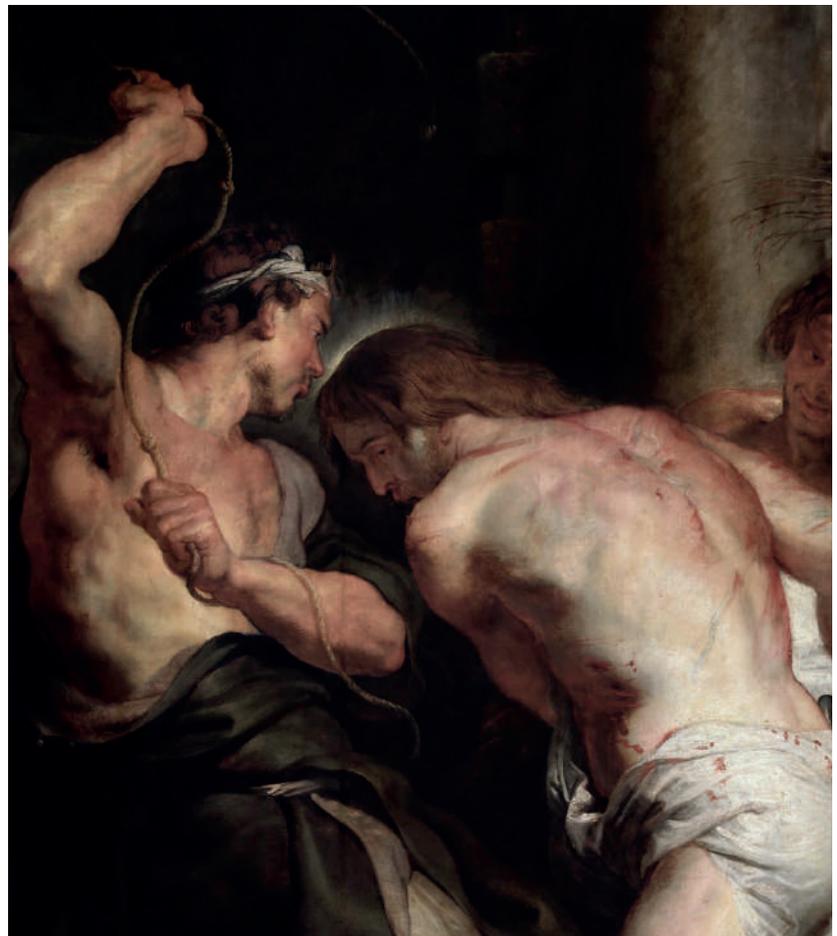
*¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»* (Mt 27, 46).

Por otro, las últimas palabras de Cristo moribundo son una luminosa cita del Salmo con la añadidura de la invocación al Padre: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46; cf. Sal 31, 6).

También el Espíritu Santo participa en este diálogo constante entre el Padre y el Hijo. Nos lo dice la carta a los Hebreos, cuando describe con una fórmula en cierto modo trinitaria la ofrenda sacrificial de Cristo, declarando que «por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios» (Hb 9, 14). En efecto, en su Pasión, Cristo abrió plenamente su ser humano angustiado a la acción del Espíritu Santo, y este le dio el impulso necesario para

hacer de su muerte una ofrenda perfecta al Padre.

Eleveemos nuestra contemplación a la Trinidad, que se revela también en el día del dolor y de las tinieblas, releendo las palabras del «testamento» espiritual de santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein): «No nos puede ayudar únicamente la actividad humana, sino la Pasión de Cristo: participar en ella es mi verdadero deseo. Acepto desde ahora la muerte que Dios me ha reservado, en perfecta unión con su santa voluntad. Acoge, Señor, para tu gloria y alabanza, mi vida y mi muerte por las intenciones de la Iglesia. Que el Señor sea acogido entre los suyos, y venga a nosotros su Reino con gloria» (La fuerza de la cruz).



“La Virgen siempre nos lleva a Jesús y a Jesús se llega a través de la cruz; luego María siempre nos lleva al sufrimiento. Si no recibimos de Ella las gracias que le pedimos; si no nos sentimos escuchados y atendidos por Ella, examinemos si no será porque estamos rechazando la cruz que nos ofrece”. (Madre M<sup>a</sup> Teresa De Simone)



1) Celebración del Primer Sábado en la Parroquia del Espíritu Santo en el Bosque (Chile). 02-03) Santa Misa del Miércoles de Ceniza con la participación de los miembros del Reinado de María en la Alameda (Santiago de Chile). 04-05) Celebración del día de Nuestra Señora de Lourdes en la Escuela Infantil “Niño Jesús” y la Residencia de ancianos “San José”. Ambos centros pertenecen a la Fundación Raoula y forman parte de las Instituciones afiliadas al movimiento del Reinado de María. ¡Viva la Virgen! Betanzos (España). 06-08) El Reinado de María en ¡BOLIVIA! La Virgen roba los corazones y recorre los caminos y encuentra a sus hijos. Gracias a Dios, y a la ayuda de muchas personas, el Reinado de María ha llegado a Bolivia. Sin lugar a dudas podemos repetir las palabras de Santa Laura Montoya: “María es la sonrisa de nuestras vidas”. Te invitamos a que también tú seas un apóstol de María y lleves a Nuestra Señora por el mundo entero. Anímate y escríbenos a nuestros contactos.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org  
www.reinadodemaria.org

